

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN Y LA NACIÓN CHILENA: IMAGINARIOS POLÍTICOS Y CULTURALES

War against the Peru-Bolivian Confederation and Chilean nation: political and cultural imaginary.

Gabriel Cid R.¹

Resumen

El presente artículo analiza la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) desde la perspectiva del proceso de la formación de la nación chilena. El texto destaca la dimensión política del conflicto y el surgimiento del nacionalismo chileno de índole cultural. Desde esta perspectiva, se examina el rol de las fiestas cívicas como mecanismos masivos difusores del nacionalismo chileno, la función social de la religión complementando y reforzando tales discursos seculares, y el surgimiento de un panteón heroico en la postguerra.

Palabras clave: Guerra contra la confederación Perú-Boliviana - nación chilena - nacionalismo cultural - fiestas cívicas - Panteón heroico.

Abstract

The purpose of this article is to analyze Chile's War against the Peru-Bolivian Confederation (1836-1839) from the perspective of the Chilean nation-building process. The text highlights the political dimension of the conflict, and the rise of the Chilean cultural nationalism. From this perspective, the paper examines the role of civic commemorations as mechanisms that ensured the massive dissemination of Chilean nationalism, the social function of that religion played in complementing and reinforcing such secular discourses, and the formation of heroic pantheon in the post-war

Key words: War against Peru-Bolivian Confederation - Chilean nation - Cultural nationalism - Civic commemorations - Heroic pantheon.

¹ ² Magister en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor de la Universidad Diego Portales. Programa de Historia de las Ideas Políticas en Chile. Correo electrónico: gabriel.cid@udp.cl.

Introducción

Las revoluciones hispanoamericanas tuvieron múltiples implicancias en la vida política y cultural del continente. El quiebre con la Monarquía hispánica supuso varios desafíos complejos para los países recientemente independizados. Tres problemas clave legó la era de las revoluciones atlánticas al orbe americano, paralelos e interrelacionados, cuyos nudos problemáticos marcarán las agendas políticas, sociales y culturales del siglo XIX.

En primer término, la construcción de un aparato estatal que reemplazase la compleja estructura burocrática de la Monarquía hispánica. Articular territorial, jurídica, institucional y financieramente estos nuevos espacios de poder político-administrativo se presentó, desde inicios del período revolucionario, como uno de los problemas más urgentes para las dirigencias latinoamericanas².

En segundo lugar, hubo que inventar una legitimidad política para los nuevos estados independientes. En términos generales, y salvo la excepción notable de Brasil y en algunos momentos México, la forma de gobierno implementada para gobernar estos nuevos Estados fue el sistema republicano. Sin embargo, la ruptura con el orden monárquico y el tránsito a la modernidad política que suponía la adhesión republicana no significó dar término a los conflictos. Por el contrario, con la opción por la república se abrían también otros dilemas, cuya resolución muchas veces se extendió hasta varias décadas después de la Independencia, llegando en ocasiones al uso de la fuerza. La definición por el federalismo o el centralismo, la relación entre los poderes del Estado, la sanción de quienes serían los miembros de la nueva comunidad política, la asignación de derechos y deberes a los mismos, y el esclarecimiento de la relación entre representantes y representados, entre otros, marcaron la tónica de las discusiones decimonónicas³.

Finalmente, uno de los legados más complejos de las revoluciones hispanoamericanas fue el relativo a imaginar la nación. La ruptura con la Monarquía hispánica implicó no solo transitar hacia una nueva estructura administrativa del poder, y crear un nuevo imaginario político asociado al mismo, sino también construir -y muchas veces inventar- una nueva forma de identificación colectiva: la nación. El caso hispanoamericano es complejo, en la medida que la diferenciación nacional, a diferencia por ejemplo del caso europeo, no podía apelar a elementos básicos en todo movimiento nacionalista, como el idioma o la religión. Cómo construir

² Juan Carlos Garavaglia, "Estado y nación en América Latina durante el siglo XIX", Almudena Delgado (Coord.), *Les défis de l'Indépendance. La formation de l'État et de la nation en Amérique Latine (1808-1910)*, Éditions du temps, Pornic, 2010, pp. 14-49.

³ Hilda Sabato, "La reacción de América: la construcción de las repúblicas en el siglo XIX", Roger Chartier y Antonio Feros (Comp.), *Europa, América y el mundo: tiempos históricos*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 263-279.

diferencias que justificasen la existencia de diversas naciones que décadas antes había formado parte del mismo espacio político-cultural fue también uno de los grandes desafíos del siglo XIX⁴.

En las páginas que siguen analizo sumariamente cómo en el contexto de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) Chile intentó resolver estos tres dilemas que he descrito anteriormente. En primer lugar, examinaré el desarrollo del imaginario político mediante el cual el Estado chileno legitimó sus empresas bélicas contra el proyecto confederativo de Andrés de Santa Cruz para, en la segunda parte de este trabajo, estudiar el impacto de esta guerra en la construcción del nacionalismo chileno decimonónico.

Imaginarios políticos de un conflicto: autoritarismo, orden interno y equilibrio continental

La batalla de Lircay puso punto final a la guerra civil chilena iniciada a mediados de 1829. Causada en lo inmediato por problemas relativos a la elección del vice-presidente de la República en los comicios de aquel año, el conflicto supuso un punto de inflexión en la dinámica política nacional, al permitir el ascenso al poder del sector dirigente más proclive a valores como el orden, la autoridad y el centralismo, conformada por pelucones, estanqueros y o'higginistas. La fuente de legitimidad discursiva del naciente régimen político, liderada militarmente por el general Joaquín Prieto y políticamente por el comerciante Diego Portales, era el restablecimiento del orden político y social que, en su diagnóstico, la experiencia liberal de la década previa había aflojado. La arquitectura jurídica del nuevo régimen fue la Constitución de 1833, de tono fuertemente centralista y autoritario, en especial por la serie de poderes radicados en la persona del Presidente de la República, dentro de las cuales las facultades extraordinarias y la suspensión del imperio de la Constitución eran las más importantes.

Considerando estos antecedentes, tradicionalmente se ha considerado que efectivamente el ascenso al poder del régimen conservador, de la mano de Diego Portales, habría puesto fin a la “anarquía” de la década de 1820 al restablecer el orden, posicionando así al país como una excepción de estabilidad política e institucional dentro de Hispanoamérica en el siglo XIX. Lo cierto es que la escena política de la post-guerra civil está lejos de corresponder con la imagen idealizada que el régimen portaliano forjó de sí mismo, presentando, por el contrario, una atmósfera de fragmentación política y tensión en las relaciones cívico-militares que permite comprender la postura del gobierno chileno en general -y de Diego Portales en particular- sobre la conformación de la Confederación Perú-Boliviana,

⁴ Tomás Pérez Vejo, “El problema de la nación en las independencias americanas: una propuesta teórica”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 24, N° 2, 2008, pp. 221-243.

y en qué medida ésta suponía un desafío tan notable al régimen chileno que era necesario tomar las armas en contra de ella y desbaratar el plan político del Mariscal Andrés de Santa Cruz.

Si bien la historiografía ha reparado en que la oposición del gobierno portaleano a la conformación de la Confederación Perú-Boliviana respondía a la incompatibilidad de ambos proyectos en el Pacífico Sur, tanto por consideraciones geopolíticas como por razones económicas, dentro de las cuales la rivalidad comercial entre los puertos de Valparaíso y Callao resultaba ser el ejemplo más patente, se ha examinado menos la dimensión de la política interna chilena como un factor explicativo de la beligerancia hacia el proyecto santacrucino⁵.

En la famosa carta de Diego Portales de 1836, en la cual se definió la postura oficial del gobierno chileno, el Ministro mezcló consideraciones geoestratégicas con, sobre todo, resquemores respecto a la fragilidad del frente interno chileno. Para Portales, la estrategia de Santa Cruz sería azuzar y explotar las tensiones políticas y sociales acumuladas por el gobierno conservador en sus escasos años en el poder. Así, el caudillo boliviano “intrigará en los partidos, avivando los odios de los parciales de O’Higgins y Freire, echándolos unos contra otros; indisponiéndonos a nosotros con nuestro partido, haciéndonos víctimas de miles de odiosas intrigas. Cuando la descomposición social haya llegado a su grado más culminante, Santa Cruz se hará sentir. Seremos entonces suyos”⁶. El problema, entonces, era que desde el exterior se exacerbaba la fragmentación del frente interno chileno.

El quiebre al interior del ejército, donde sobrevivían en sus filas una importante y descontenta oficialidad pipirola, hacía del mismo un elemento potencialmente desestabilizador, fenómeno que explica la verdadera obsesión portaleana por las milicias cívicas, que fueron convertidas en un verdadero contrapeso a las tropas de línea.⁷ Que el ejército estaba fraccionado y que era potencialmente sedicioso lo demuestran la serie de conspiraciones que debió enfrentar el régimen portaleano desde sus inicios, y que se extendieron hasta inicios de la guerra⁸.

No solo el Ejército estaba fraccionado. Además de los sectores de oposición, conformado por pipiols y o’higginistas, dentro de la misma coalición gobernante

⁵ Excepciones a este respecto representan algunas consideraciones presentes en los trabajos de Jorge Núñez Rius, “Estado, crisis de hegemonía y guerra en Chile (1830–1841)”, *Andes*, N° 6, 1987, pp. 137–189; y Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810–1840)*, Lom, Santiago, 2009, pp. 261–332.

⁶ Diego Portales a Manuel Blanco Encalada, 10 de septiembre de 1836, en Carmen Fariña (ed.), *Epistolario Diego Portales*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2007, tomo II, pp. 642–644.

⁷ Sobre estos aspectos, véase James A. Wood, *The Society of Equality. Popular Republicanism and Democracy in Santiago de Chile, 1818–1851*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2011, pp. 79–108.

⁸ Una detallada descripción de cada una de estas sublevaciones se encuentra en Ramón Sotomayor Valdés, *Historia de Chile bajo el gobierno del General don Joaquín Prieto*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1962–1980, tomo I, pp. 135–146; 265–310.

se evidenciaban tendencias divergentes. La renuncia del Ministro del Interior Ramón Errázuriz por conflictos con el sector más clerical del gobierno, y la emergencia del grupo conocido como *philopolita* –de acuerdo al título de su periódico–, dentro del cual se contaban Manuel José Gandarillas, Manuel Rengifo y Diego José Benavente, entre otros, manifestaban el disenso desde el interior del bloque gobernante. La expresión más evidente de este descontento con ciertas prácticas autoritarias y clericales del gobierno fue la decisión de no apoyar la reelección de Prieto en 1836.

1836 fue un año realmente clave para el gobierno chileno. En medio de este escenario, tanto la implementación de la Confederación Perú-Boliviana como la expedición de Ramón Freire tensionaron más el ambiente interno. La expedición de Freire reactivó una nueva oleada de actividad revolucionaria, catalizada tanto por la idea de derrocar al gobierno como, especialmente, en abierta oposición ante la idea de llevar adelante la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Con la declaratoria de guerra en diciembre de 1836, al ambiente se tensionó aún más. En efecto, ante la amenaza revolucionaria, la evidente polarización del frente interno chileno y el estado de guerra externo, llevó al gobierno en febrero de 1837 a decretar consejos de guerra permanente, a los que posteriormente se les agregaron la dictación de estado de sitio en todo el territorio del país, junto a las facultades extraordinarias delegadas en la persona del Presidente, permitiéndole a Prieto gobernar hasta mayo de 1839 con verdadera “autoridad draconiana”⁹.

Tales medidas no lograron cohesionar el frente interno. Por el contrario, contribuyeron a tensionar aún más la situación y radicalizar la oposición cívico-militar al gobierno, oposición que, sin embargo, debido a las medidas represivas del gobierno, nunca pudo actuar en un frente común. En enero de 1837 las conspiraciones reaparecieron, esta vez en las tropas del sur del país, movimiento de oposición a la guerra que involucraba a los indígenas de la frontera;¹⁰ mientras que en marzo una confabulación política en Curicó contra el Intendente Antonio José de Irisarri terminó con las ejecuciones de los involucrados, llevando la paranoia conspirativa del gobierno a uno de sus puntos más álgidos.¹¹ “Debemos creer que no será esta la última revolución, y debemos por lo mismo dejar abierto el camino de los

⁹ Brian Loveman, *The Constitution of Tyranny. Regimes of Exception in Spanish America*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, 1993, p. 337.

¹⁰ Somomayor Valdés, *ob. cit.*, tomo II, pp. 270-280.

¹¹ Sobre las ejecuciones de Curicó, véase Otaiza, Graciela, “Don Antonio José de Irisarri y la revolución de Colchagua”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 6, 1935, pp. 177-240. Desde una perspectiva más general sobre las ejecuciones políticas durante la segunda mitad del decenio de Prieto, véase Antonio Correa Gómez, *El último suplicio. Ejecuciones públicas en la formación republicana de Chile, 1810-1843*, Ocho Libros Editores, Santiago, 2007, pp. 128-133.

descubrimientos”, confesaba Antonio José de Irisarri a Portales, manifestándole así sus temores sobre la fragilidad de la cohesión del régimen conservador¹².

La lectura de Irisarri fue efectiva, puesto el tenso ambiente político interno tuvo un trágico desenlace en junio de 1837, cuando en Quillota Portales fue tomado prisionero y asesinado por las tropas comandadas por el coronel José Antonio Vidaurre. La justificación de los sublevados evidenciaba claramente que la auto-percepción del régimen chileno como el restaurador del orden político estaba lejos de ser consensual. Con su acción, los sublevados buscaban “salvar la patria de la ruina y precipicio a que se halla expuesta por el despotismo absoluto de un solo hombre, que ha sacrificado constantemente a su capricho la libertad y tranquilidad de nuestro amado país, sobreponiéndose a la Constitución y a las leyes, despreciando los principios eternos de justicia, que forman la felicidad de las naciones libres”. Si bien señalaban que había motivos plausibles para declarar la guerra, Portales estaría estaba apresurando su ejecución antes de intentar dar salida pacífica a los conflictos con la Confederación. De otra forma, la guerra sería “una obra forjada más bien por intriga y tiranía que por el noble deseo de reparar agravios a Chile”. Apresurar la expedición solo redundaría en sacrificar inútilmente a la tropa en una derrota segura. La campaña debía suspenderse, destinando por el contrario al ejército “para que sirva del más firme apoyo a los libres, a la nación legalmente pronunciada por medio de sus respectivos órganos, y a los principios de libertad e independencia que hemos visto largo tiempo hollados, con profundo dolor, por un grupo de hombres retrógrados y enemigos naturales de nuestra felicidad, a que se habían vinculado a sí propios los destinos, la fortuna y los más caros bienes de nuestra república, con la ruina de infinidad de familias respetables y a despecho de la opinión general”. Finalmente, los sublevados ofrecían una visión sobre la escena política chilena desde Lircay. Desde que Portales tenía injerencia en los negocios políticos, el país había sido despojado del “libre ejercicio de su soberanía”, y sus derechos “despreciados y hechos el juguete de la audacia e intrigas de unos pocos, que no habiendo prestado ningunos servicios en la guerra de la independencia, se complacían en vejar y deprimir a los que sacrificaron heroicamente por ella”¹³.

No solo los sublevados y opositores radicales al gobierno compartían la visión sobre que el poderío de Portales ponía en riesgo el régimen republicano y lo estaba convirtiendo en una verdadera dictadura. Incluso personas que eran adherentes al gobierno compartían esta lectura. En este sentido, la visión de José Antonio Álvarez es significativa. Para el juez de letras de Valparaíso aunque Portales era

¹² Antonio José de Irisarri a Diego Portales, Curicó, 1º de abril de 1837. En “Epistolario. Cartas de don Antonio José de Irisarri a don Diego Portales”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 71, 1930, p. 101.

¹³ El acta de Quillota se reproduce en Benjamín Vicuña Mackenna, *Introducción a la historia de los diez años de la administración Montt. Don Diego Portales*, Imprenta y Librería del Mercurio, Valparaíso, 1863, tomo II, pp. 283-284.

“un hombre extraordinario, de gran talento”, durante los últimos años, particularmente en el contexto de aquella guerra tan pertinazmente perseguida, el Ministro había caído en la tiranía. “Portales tenía en su mano la suerte o desgracia de toda la República, podía disponer de ella a su antojo, sin la menor contradicción”, comentaba Álvarez, para luego interpelar a Manuel Montt, su confidente: “¿no le parece a Ud. muy triste, muy precaria, muy miserable la felicidad de un Estado que penda solo de la voluntad de un hombre?”. Álvarez concluía tajante: “Como hombre, se me partió el alma al ver el cadáver de Portales; derramé sobre él lágrimas muy sinceras, hubiera dado mi vida por resucitar a este hombre tan grande, que nos prestó servicios eminentes, dignos de mejor suerte; pero como chileno, bendigo la mano de la Providencia que nos libró en un solo día de traidores infames y de un ministro que amenazaba nuestras libertades”¹⁴.

Aquí llegamos a un punto central. Si históricamente resulta evidente que la tesis oficial defendida por el gobierno chileno, según la cual los orígenes de sus desavenencias internas (sediciones, conspiraciones y revoluciones) coincidían temporalmente con el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana era falsa, puesto que como hemos visto el fraccionalismo político y las sediciones nacieron desde el mismo establecimiento del régimen ¿cómo explicar entonces la verdadera obsesión de Portales en particular, que le costó la vida, por llevar adelante una guerra no solamente incomprendida por la mayoría de la población, sino para muchos falta de toda justificación razonable? Debemos recordar que el recurso a la guerra externa es utilizado con mucha frecuencia en regímenes carentes de legitimidad como un mecanismo de generar el fortalecimiento del Estado, por medio de procesos vinculados a la centralización del poder político, militar y fiscal¹⁵. Esto es lo que propone el denominado “enfoque belicista” de Charles Tilly respecto a la función de la guerra en la construcción de los estados nacionales modernos¹⁶. Vinculado con esto, me parece plausible para el caso chileno sostener la tesis de redirección de los conflictos hacia el exterior como mecanismo de cohesión interna, precisamente porque permitiría justificar la concentración del poder, pero también en tanto otorgaría legitimidad a los gobiernos, al situar fuera del Estado los orígenes de las tensiones internas¹⁷.

Esta era la lectura que Portales hacía del tensionado ambiente de mediados de la década de 1830. Los orígenes del descontento, las sediciones y el fraccionalismo interior del país no debían buscarse en la conducción política de la facción

¹⁴ José Antonio Álvarez a Manuel Montt, Valparaíso, 12 de junio de 1837. En “Cartas sobre la muerte del Ministro Portales”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 27, 1917.

¹⁵ Bruce D. Porter, *War and the Rise of the State. The Military Foundations of Modern Politics*, The Free Press, New York, 1994, pp. 12–13.

¹⁶ Charles Tilly, *et. al.*, *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1975.

¹⁷ John Modell y Timothy Haggerty, “The Social Impact of War”, *Annual Review of Sociology*, Vol. 17, 1991, p. 206.

gobernante tras Lircay, sino en las maniobras conspirativas de Santa Cruz, explicación que era poco convincente para la oposición chilena. No obstante, a esa lectura Portales apostó todas sus cartas. En febrero de 1837 el Ministro confesaba a Manuel Bulnes: “Sabemos que Santa Cruz ha nombrado varios comisionados para que inciten a la rebelión en Chile a los descontentos con el Gobierno y a los ambiciosos, como el medio más eficaz de mantener su dominación en el Perú; y las tentativas que últimamente se han hecho para trastornar el orden público, deben precisamente tener ese origen. El Gobierno, persuadido de esto y de que las promesas de Santa Cruz es lo único que puede alentar a los conspiradores, trata de cortar cuanto antes el mal de raíz, y toma las medidas necesarias para que la expedición al Perú salga en el menor tiempo posible”¹⁸.

La lectura de la guerra en esta clave de redirección hacia el exterior de los conflictos internos ha sido marginalmente estudiada por la historiografía chilena, en parte porque a esta visión no puede accederse desde la lectura de la prensa de la época, controlada estrictamente por el gobierno chileno, quien por cierto justificaba su accionar desde otras perspectivas. En efecto, para el gobierno, la legitimidad de la guerra radicaba en un lenguaje político republicano que permitía justificar la violencia contra el proyecto confederativo en tanto este atentaba contra la libertad de las naciones, el respeto a la soberanía y el derecho de las repúblicas hispanoamericanas¹⁹.

Por supuesto, el discurso oficial que legitimaba la guerra fue prontamente objetado. Desde su exilio peruano Bernardo O’Higgins opinó que la justificación del gobierno chileno era frágil y contradictoria. Para el ex-Director Supremo chileno, el argumento oficial portaleano según el cual Santa Cruz era un “déspota” que usurpaba la soberanía nacional peruana carecía de sentido. En la interesante perspectiva de O’Higgins, la Confederación Perú-Boliviana solo era la reconstitución política de regiones histórica y culturalmente afines (Alto y Bajo Perú), cuestión que bajo ningún punto Chile podría discutir, en tanto el proyecto santacrusino era ajustado a derecho y gozaba del respaldo popular. Al objetar los argumentos de la Confederación Perú-Boliviana respecto a la soberanía popular, en una época de construcción de los estados-nacionales, el gobierno de Joaquín Prieto se exponía a que el Perú cuestionase desde una lógica similar los proyectos de expansión territorial del Estado chileno. O’Higgins explicaba: “Por ejemplo: si el gobierno de Chile se justificare en hacer la guerra con el fin de disolver la unión entre el Alto

¹⁸ Diego Portales a Manuel Bulnes, Santiago, 6 de febrero de 1837, Fariña, 2007, *ob. cit.*, tomo II, p. 668.

¹⁹ Al respecto, véase Ana María Stuenkel, “La palabra en armas: patria y nación en la prensa de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana, 1835–1839”, Carmen Mc Evoy y Ana María Stuenkel, eds., *La República peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800–1884*, IFEA/Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2007, pp. 407–425; y Juan Carlos Arellano, “Los republicanos en armas: los proscritos, el gobierno y la opinión pública ante la Confederación Perú-Boliviana”, *Universum*, N° 26, Vol. 2, 2011, pp. 49–66.

y Bajo Perú, el gobierno de Perú se justificaría de igual modo en hacer la guerra con el fin de disolver la unión entre el archipiélago de Chiloé y la República de Chile, y, en apariencia, con alguna razón, porque el archipiélago de Chiloé estaba gobernado por el Perú, cuando este nunca lo fue por Chile. Hay, por tanto, otra unión mas importante que la del archipiélago, y que espero tendrá lugar antes de muchos años, a saber, la unión del Estado Araucano y demás naciones indígenas hasta el estrecho de Magallanes, con la República de Chile. Si, pues, el gobierno chileno tuviese un derecho para oponerse a la unión de la gran familia peruana, el gobierno peruano querrá poseer igual derecho para oponerse a la unión de la gran familia chilena”²⁰.

Es interesante rescatar a las variadas y suspicaces y variadas disidentes a la guerra, que dieron otra visión sobre el origen del conflicto. En julio de 1836 el mismo O’Higgins confidenció al presidente Joaquín Prieto sus recelos ante la obsesión de Portales por la guerra contra Santa Cruz: “En todos los países hay siempre un número de personas que desean la guerra con la esperanza de convertir semejante acontecimiento en lucros y provechos propios, por lo que debe haber mucho cuidado en no oír a estos especuladores, porque sus avisos e insinuaciones son calculados a precipitar su Gobierno, mi querido compadre, en dificultades en que, una vez envuelto en ellas, no encontrará usted después fácil salida”²¹.

O’Higgins, por cierto, no estuvo solo en esta mirada hacia los orígenes del conflicto. Incluso tras la muerte de Portales, el gobierno de Joaquín Prieto prosiguió en su empeño en culminar la guerra, consciente que en su desenlace se jugaba gran parte de su débil capital político. No fueron pocos quienes observaron que el Presidente chileno estaba entre la espada y la pared, particularmente por su necesidad de continuar una guerra externa de la cual dependía la supervivencia del régimen conservador. Esta tesis fue sostenida por diversos actores y observadores. El mismo líder de la Confederación Perú-Boliviana afirmaba, tras la muerte de Portales, que: “Si Prieto logra sostenerse algunos meses, puede ser que uno de los últimos esfuerzos de desesperación que haga para prolongar su existencia política sea el alejar de sus costas un ejército ya emponzoñado por el espíritu de rebeldía y enviarlo al Perú, aunque sea con la certeza de un mal éxito”²². La tesis de la redirección de los conflictos internos siguió a la finalización de la guerra, siendo Ramón Mariano de Arís quien la planteó con descarnada claridad en abril de 1839: “Si la guerra se entabló, fue porque ya veían [Portales y Prieto] por instantes

²⁰ “Bernardo O’Higgins a Manuel Bulnes, Lima, 15 de diciembre de 1838”, Cristián Guerrero Lira y Nancy Miño Thomas, eds., *Cartas de Bernardo O’Higgins*, Historia Chilena, Santiago, 2011, tomo I, p. 158

²¹ “Bernardo O’Higgins a Joaquín Prieto, Lima, 20 de julio de 1836”, Luis Valencia Avaria, *El pensamiento de O’Higgins*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974, p. 142.

²² “Andrés de Santa Cruz a Domingo Nieto, Lima, 8 de agosto de 1837”, Carmen Mc Evoy y José Luis Rénique, (Comp.), *Soldados de la República. Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*, tomo I, Fondo Editorial del Congreso del Perú/ Instituto Riva Agüero, Lima, 2010, p. 558.

su derrocaación. Veinticuatro revoluciones se vieron en poco más de un año, que tuvieron la suerte de sofocarlas, pero a pesar de eso, al cabo hubieran caído en alguna otra, según la disposición tan general que había contra esta canalla. Ya V. vio la revolución de Portales hecha por la misma tropa y éste le dio treinta y cuatro puñaladas. Si éstas hubieran logrado a Prieto, lo hubieran charqueado, pues había más margen para hacerlo porque es el duplo más de odiosidad que a éste se le tenía y se le tiene. Viéndose, pues, tan sofocados, como he dicho, tomaron el arbitrio, ese arbitrio, para deshacerse de los revolucionarios que les tenían miedo y mandarlos a esa para entretenerlos y que muriesen como perros. Así lograron todo a la medida de sus deseos de que esto quedase tranquilo, porque no han dejado más que aquellos hombres que no son capaces de tomar una parte activa en una revolución, aunque lo desean en su corazón, están llenos de miedo y solo se lamentan a escondidas en la oscuridad”²³.

El Gobierno chileno no solo se encontró con serios problemas internos para establecer la legitimidad de un conflicto que una buena parte de su oposición política juzgó como pensado para mantener al país bajo el dominio autoritario de Portales. Una vez declarada la guerra, el gobierno debió hacer frente a diversas circunstancias que evidencian la falta de consenso en la conducción del conflicto. En primer término, los problemas para reclutar el contingente necesario para hacer frente a la guerra. El enganche forzoso de muchos hombres para conformar los cuadros de la primera expedición, por ejemplo, generó un inmediato descontento. Para completar los cuadros del Ejército se apeló, sobre todo, a la recluta de los peones libres, gañanes y vagabundos del Valle Central, lo que generó sin duda un gran disgusto en los sectores populares de la sociedad, quienes pronto huyeron de las levas²⁴. La repulsa al enrolamiento de los sectores populares no fue patrimonio de la provincia de Colchagua: numerosos casos de deserciones y fugas de las levas se pueden constatar en San Felipe, Los Andes, La Ligua y Petorca, por ejemplo²⁵. La desesperación de las autoridades para prevenir los abandonos llegó a implantar novedosos sistemas de marcación de los conscriptos: en Chillán, y como una forma de identificar a los desertores, se obligó a los reclutas a portar aros en la oreja izquierda o al menos conservar el orificio abierto²⁶.

²³ Ramón Mariano de Arís a Bernardo O’Higgins, Santiago, 3 de abril de 1839, en *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo XXXI, Editorial Universitaria, Santiago, 1994, p. 611.

²⁴ Para el caso de la provincia de Colchagua, véase María Magdalena Valdés, *Reclutamiento, orden y corrección social. Colchagua ante la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana. 1837-1838*, Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002.

²⁵ Pinto y Valdivia, *ob. cit.*, pp. 322-323

²⁶ Mariel Rubio, “Por la razón o la fuerza: reclutamiento militar durante la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, 1836-1839”, Carlos Donoso y Jaime Rosenblitt (Editores), *Guerra, región y nación. La Confederación Perú-Boliviana, 1836-1839*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Universidad Andrés Bello, Santiago, 2009, p. 290.

Aunque se ha insinuado que el asesinato de Diego Portales en junio de 1837 dotó a la guerra contra la Confederación de una mayor adhesión popular, como lo expresó *El Mercurio*,²⁷ resulta dificultoso demostrarlo, sobre todo por las posturas contradictorias que suscitaba la figura del Ministro. Aunque hay fenómenos que indican que tanto la muerte de Portales como la firma del acuerdo de Paucarpata (noviembre de 1837) coadyuvaron a darle mayor legitimidad a la guerra en algunos sectores, especialmente en los cuerpos cívicos,²⁸ no habría que ver en estos casos aislados una tendencia general. Más bien, resulta evidente que la mejor planificación de la segunda campaña contra la Confederación, liderada por Manuel Bulnes, es el resultado tanto de una reconceptualización de la guerra, al situarla en un escenario estratégico bastante alejado del plan original, como de un mejoramiento en los sistemas de reclutamiento desde 1838.

Con todo, y aunque la segunda expedición contra Santa Cruz fue mejor organizada y contó con un mayor contingente, se seguían suscitando dificultades en el enrolamiento. En Quillota, por ejemplo, el coronel Pedro Godoy propuso como medida para atraer a los fugitivos y desertores el establecimiento de *chinganas* para embriagarlos y traerlos así a los batallones²⁹. La mejor planificación de la segunda campaña contra la Confederación en 1838, se debió, afirmamos, en buena medida por un replanteamiento estratégico de la guerra. En primer término, era evidente que la declaratoria de guerra a la Confederación de parte del gobierno rioplatense de Juan Manuel de Rosas no había contribuido a distraer a las tropas de Santa Cruz en otros escenarios de operaciones, como habían esperado inicialmente los cálculos portaleanos.³⁰ Fue, sin embargo, la lectura sobre las fricciones internas de la Confederación donde el gobierno chileno erró de forma más patente. En efecto, buena parte de la apuesta del gobierno estaba dada en la lectura que los exiliados peruanos hicieron de la situación de la Confederación ante la eventualidad de una expedición chilena. Basada en las informaciones recibidas por los opositores a Santa Cruz, Portales confesaba a Manuel Bulnes su optimismo ante el devenir de la guerra: “Las noticias que últimamente hemos recibido de aquel país, nos aseguran que tendrá el más feliz resultado: el descontento es muy general y pronunciado; la autoridad del Gobierno es despreciada; el pueblo está ya cansado de sufrir, pues habiéndose principiado a ejecutar la orden que se dio para reclutar gente para la milicia, tuvo que suspenderse; porque en Lima corrieron a pedradas a las partidas”³¹.

²⁷ *El Mercurio* (Valparaíso) enero 2 de 1838.

²⁸ Algunas de las solicitudes de cuerpos cívicos para enrolarse en la segunda campaña pueden encontrarse en *El Araucano* (Santiago) diciembre 22 de 1837.

²⁹ Rubio, *ob. cit.*, p. 297.

³⁰ Sobre la breve participación rioplatense en la guerra, véase Ernesto Muñoz, *La guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1983.

³¹ “Diego Portales a Manuel Bulnes, Santiago, 6 de febrero de 1837”, Fariña, *ob. cit.*, tomo II, p. 668.

Lo cierto es que, como sabemos, buena parte del fracaso de la primera expedición comandada por Manuel Blanco Encalada se debió precisamente a que los vaticinios de Portales relativos a una sublevación generalizada contra Santa Cruz ante la presencia de las tropas chilenas fueron erróneos. En efecto, el líder de la Confederación Perú-Boliviana era consciente que el apoyo de la población, al menos en el sur peruano, sería capital para derrotar a los chilenos³². “Creo que aun cuando los chilenos se atreviesen a venir por estas costas, los pueblos solo serían suficientes para rechazarlos”, le comentaba a Domingo Nieto en marzo de 1837³³. En abril de 1837 el Protector expuso su estrategia de evitar el conflicto directo con las tropas chilenas. Al arribo de las mismas a las costas peruanas, los habitantes de las poblaciones sureñas debían “internarse a gran distancia, llevando consigo todos los medios de subsistencia y transporte, de modo que el enemigo se encuentre sin víveres, sin bestias de ninguna clase y en un perfecto aislamiento y abandono”, agregando que este escenario era el óptimo, ya que era “preferible la guerra de recursos, la de partidas y la de sorpresas”³⁴. Así, y en lo que siguió del conflicto, las tropas chilenas fueron vistas no como las restauradoras de la independencia peruana, sino como invasoras.

Esta visión no cambió ni siquiera durante la segunda campaña, cuando la planificación de la campaña decidió llevar las hostilidades hacia el norte del Perú, espacio regional visualizado con menos adhesión al régimen santacrusino. “Este singularísimo pueblo nos aborrece entrañablemente”, comentó tras la ocupación de Lima Juan Vidaurre Leal,³⁵ mientras que el coronel Pedro Godoy sostenía que “un odio implacable e inveterado hacia nuestros compatriotas es el distintivo de todas las clases de la sociedad tanto de Lima como en los pueblos circunvecinos”. Esto se evidenciaba en las calles de la capital peruana, proseguía Godoy, donde un tal Dr. Martínez “se arrancaba los cabellos en medio del populacho de Lima asegurando que ha visto trabajar en el gobierno de Chile los planes de la conquista del Perú”³⁶.

Un último aspecto polémico relativo a la guerra y su legitimidad misma merece destacarse: los debates suscitados frente al tratado de Paucarpata. La historiografía chilena ha expuesto de forma clara las diversas voces críticas frente a lo que se entendió como una capitulación vergonzosa de Blanco Encalada ante Santa Cruz

³² Celia Méndez, *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*, Duke University Press, Durham, 2005, pp. 191-220.

³³ “Andrés de Santa Cruz a Domingo Nieto, Arica, 1 de marzo de 1837”, Mc Evoy y Rénique, *ob. cit.*, tomo I, p. 528

³⁴ “Andrés de Santa Cruz a Domingo Nieto, Tacna, 23 de abril de 1837”, *Ibidem*, pp. 538-539.

³⁵ “Juan Vidaurre Leal a Ramón Cavareda, Baquijano, 6 de septiembre de 1838”, Archivo Nacional, Fondo Varios (en adelante ANFV), vol. 420, pieza 7, f. 98.

³⁶ “Pedro Godoy a Joaquín Prieto, Lima, 6 de septiembre de 1838”, ANFV, vol. 420, pieza 12, fs. 168-169.

en noviembre de 1837³⁷. En efecto, la mayoría de la prensa nacional repudió el acuerdo. El fugaz periódico *Eclipse de Paucarpata* declaró “la patria en duelo”,³⁸ mientras que *Balas a los traidores* hacía un llamado explícito a condenar a quienes tuvieron parte en el acuerdo que “engrasó el honor nacional”³⁹. No obstante, a pesar de las severas restricciones a la prensa disidente durante la década de 1830, algunos opúsculos defendieron el tratado de Paucarpata en tanto significaba sancionar la paz. La guerra, afirmaba un escrito anónimo, solo había ocasionado males al país: “Hemos visto arrancar a la industria brazos necesarios, gastar nuestras rentas, paralizado el comercio y destruidos en gran parte los beneficios que una paz de siete años nos había concedido; hemos visto romper los eslabones que separan los diversos poderes, base de nuestras instituciones, para reasumirlos todos en el Ejecutivo, quedando el pueblo sin la más necesaria y más sagrada de sus garantías”. Lo más conveniente, por tanto, era la paz, que abría “un rico porvenir a dos naciones hermanas, a quiénes a mas unen y ligan los mismos intereses”⁴⁰. Una paz que, además, había significado salvar la vida de las tropas comandadas por Blanco Encalada, como sostuvo Francisco Marín en *El Eco de la Verdad*, en lugar de haber sido aniquiladas por la superioridad material de Santa Cruz⁴¹. Otro opúsculo anónimo defendió una tesis bastante común expuesta desde la oposición: originalmente la guerra carecía de legitimidad, al estar sustentada solamente en supuestos, como la connivencia entre Santa Cruz y la expedición de Freire. Además, en un argumento similar al defendido en su momento por Bernardo O’Higgins, era inadmisibles que Chile pretendiese la eliminación de la Confederación si tal forma de gobierno la habían escogido Perú y Bolivia haciendo uso de su soberanía. En este sentido, quien atentaba contra la soberanía nacional no sería Santa Cruz, sino Prieto y Portales. Lo deseable, por tanto, era la paz y la ratificación de los acuerdos alcanzados en Paucarpata⁴².

El momento nacionalista: los imaginarios culturales de una guerra victoriosa.

A pesar de estas dificultades, polémicas y controversias relativas al conflicto contra la Confederación Perú-Boliviana, el ejército conjunto chileno-peruano pudo derrotar al ejército confederado en Yungay, el 20 de enero de 1839. Esto tuvo una significación clave: no solo desbarató el proyecto santacrusino, sino que también afianzó al régimen conservador en el poder. Pero además, y esto es central en las

³⁷ La explicación de la postura oficial del gobierno chileno para desechar este acuerdo se encuentra en *Exposición de los motivos que ha tenido el Presidente de Chile para desaprobado el tratado de paz celebrado en Paucarpata en 17 de noviembre de 1837, y renovar las hostilidades interrumpidas por él*, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1838.

³⁸ *Eclipse de Paucarpata* (Santiago) febrero 5 de 1838.

³⁹ *Balas a los traidores* (Santiago) enero 26 de 1838.

⁴⁰ *Ilustración del papel publicado por unos chilenos sobre tratados y guerra con el Perú*, Imprenta de la Independencia, Santiago, 1837.

⁴¹ Francisco Marín, *El Eco de la Verdad*, Imprenta de la Independencia, Santiago, 1838.

⁴² *Juicio sobre los tratados y opinión sobre la guerra con el Perú*, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1837.

páginas que siguen, posibilitó la creación de una atmósfera propicia para socializar entre la población el vínculo con la idea nacional.

Esto nos traslada al segundo momento que me interesa analizar este texto: la relación entre la guerra y la formación de los imaginarios culturales. Para lograr un análisis en esta dirección resulta preciso transitar desde una comprensión de la guerra como mera instancia de resolución de conflictos por la fuerza o por la diplomacia a una que, aunque no omitiendo esta perspectiva, también sea consciente de la necesidad de integrar dinámicas sociales y problemáticas culturales. Este escenario implica replantearse los niveles de análisis de los conflictos bélicos, tanto en los focos de atención como en los marcos temporales.

En primer término, pasar desde el frente externo de la guerra al frente interno, es decir, transitar desde el campo de batalla al escenario donde se desenvuelve la sociedad civil, que también, aunque desde una perspectiva diferente, es partícipe de la guerra. Dado que la guerra irrumpe en la cotidianidad de las personas alterando de forma dramática y sangrienta los valores y comportamientos colectivos, resulta necesario comprender también cómo y porqué las personas están dispuestas a morir y matar, y porqué son capaces de validar -o no- comportamientos tan extremos dentro de la comunidad en la que se desenvuelven. Es precisamente en el ámbito de la esfera pública donde se dirime la legitimidad de los conflictos bélicos, y donde el historiador puede comprender con mayor nitidez como la guerra contribuye a la reestructuración de los imaginarios, creencias, actitudes, comportamientos y formas de sociabilidad dentro de una colectividad.

Una nueva mirada a los conflictos militares también requiere ser más consciente de la flexibilidad del tiempo bélico. Aún cuando lo parezca, las guerras no concluyen con el último tiro ni con la última firma de un acuerdo diplomático. Y esto no solo en el sentido que la guerra sigue afectando las vidas y almas a quienes han sufrido los rigores de ella -pensemos, por ejemplo, en viudas, huérfanos y veteranos- sino porque también ésta se recrea en los imaginarios culturales que ella misma contribuye a forjar. La literatura, la estatuaría pública, la toponimia, la música, la pintura, la historiografía y las conmemoraciones, por nombrar solo algunos elementos, contribuyen decisivamente a que la guerra cobre nueva vida y se desenvuelva en la imaginación de aquellos que están ajenos espacial y temporalmente a la experiencia bélica.

Consideraciones de este tipo son necesarias para explicar una relación muchas veces afirmada por la historiografía chilena, pero pocas veces probada: la vinculación entre la Guerra contra la Confederación-Perú Boliviana y el surgimiento

y/o consolidación del nacionalismo dentro de la población chilena⁴³. ¿Cómo se construyó y socializó ese vínculo? ¿Fue producto de la efervescencia del momento, o su dinámica obedece a proyectos de más largo alcance? ¿Cómo se construyó el imaginario cultural de la guerra a lo largo del s. XIX?

Las festividades del año 1839 resultaron capitales en la diseminación del discurso nacionalista. Especialmente, porque permitieron revertir la imagen negativa que el conflicto había tenido en la sociedad para posicionarlo como una gesta nacional digna de celebrarse en todo el país. Las demostraciones de júbilo fueron transversales en distintas ciudades. En Valparaíso, por ejemplo, al tenerse noticias de la victoria de Yungay se lanzó dinero a la multitud, y los altos funcionarios públicos “pusieron a disposición del pueblo todo lo que había venal” para celebrar⁴⁴. Las salvas de artillería y las campanas de las iglesias anunciaban el triunfo en Concepción, el 2 de marzo: “las casas estaban esa noche iluminadas y los grupos de ambos sexos impedían el libre tráfico de los transeúntes. Puedo asegurar a Uds. que no habrá habido otro pueblo en la República tan entusiasta y que haya celebrado más esta noticia”.⁴⁵ Lo mismo aconteció en Copiapó, donde el 11 de abril se realizó un sarao organizado por los principales vecinos, en donde se vio “hasta olvidar y deponer todos los antiguos rencores, y enemistades personales entre algunos de los concurrentes”⁴⁶. En Santiago, donde se supo oficialmente la noticia del triunfo el 22 de febrero, los festejos no fueron menores⁴⁷.

En efecto, las celebraciones iniciales se caracterizaron por el gran entusiasmo que despertó la noticia de la victoria en todos los sectores de la sociedad, especialmente en los sectores urbanos. De una u otra forma, se esperaba que la mayor cantidad de población posible tuviera conocimiento de las razones del festejo: a través del repique de las campanas de las iglesias, las omnipresentes salvas de artillería y los fuegos artificiales causaban la primera impresión. No era necesario participar de la cultura alfabetizada para enterarse de las noticias: los rumores, o la lectura de los partes en voz alta se encargaban de masificar la información. Por último, si esto no era suficiente, la atracción de las músicas militares, las fiestas y el lanzamiento de dinero a la multitud se encargaron de popularizar aún más los festejos.

Con la victoria de Yungay se produjo una simultaneidad de festejos que solo se lograba con el aniversario del 18 de septiembre, reforzando al menos en el corto plazo el sentimiento de unidad nacional. Cada ciudad festejaba a su modo y de

⁴³ Una reflexión más extensa sobre este vínculo puede encontrarse en mi libro, *La Guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2011.

⁴⁴ “Correspondencia”, *El Mercurio* (Valparaíso) febrero 25 de 1839.

⁴⁵ “Correspondencia”, *El Mercurio* (Valparaíso) marzo 12 de 1839.

⁴⁶ “Correspondencia”, *El Mercurio* (Valparaíso) abril 2 de 1839.

⁴⁷ *El Araucano* (Santiago) abril 5 de 1839.

acuerdo a sus medios. El gobierno del general Prieto, así como el resto de las instituciones locales, hicieron todo lo posible para masificar las razones de los festejos. Ni siquiera los presidiarios quedaban ajenos al fervor popular. El 31 de mayo se dio un indulto “en celebración de la gloriosa jornada de Yungay”, a “todos los reos rematados, sentenciados por cualesquiera tribunales de la república que existieron dentro o fuera de su territorio, obtendrán el indulto de una cuarta parte de rebaja del término a que hubieren sido condenados a presidio, destierro, confinación, expatriación o reclusión”⁴⁸.

A través de todos estos medios se buscaba identificar a la sociedad con la nueva gesta nacional que se había realizado en el Perú. Las fiestas se presentaban de este modo como un vehículo difusor de los mensajes del nacionalismo chileno. La fiesta podía cooptar nacionalmente a los sectores populares que estaban al margen de la cultura alfabetizada, pero a través de mensajes esporádicos y un tanto vagos, pero que se intentaban precisar a través de la omnipresente colocación de las banderas nacionales, así como de la entonación del Himno Nacional en cada festejo y ceremonia, espontánea u oficial. Es precisamente por su masividad como transmisores de mensajes nacionales en que radica la importancia fundamental que tuvieron los himnos patrióticos surgidos tras este conflicto, entre los que destaca la creación de José Zapiola, el “Himno de Yungay”, la creación musical más popular que nació tras la guerra y que se cantó durante todo el siglo XIX, en una importancia solo menor a la del himno nacional.⁴⁹ El himno de Yungay fue repetido en todo el país durante el transcurso del año 1839, ayudando a forjar la conciencia nacional desde medios tan sutiles como la música: “Cantemos la gloria del triunfo marcial, que el pueblo chileno obtuvo en Yungay”, señalaba el coro de la canción repetida *ad nauseam* en esa época⁵⁰.

A fines de 1839 las tropas chilenas comandadas por Manuel Bulnes arribaron al país, posibilitando un suceso inédito por su masividad, como lo fue la recepción del ejército en Santiago. El Estado se esmeró en generar una festividad de gran impacto y popularidad. En efecto, se decretó que el día del ingreso de las tropas a la capital, y los dos siguientes “se reputarán feriados”⁵¹. La entrada de la segunda división del Ejército Restaurador, comandada por el general Bulnes, sería anunciada por una salva de cañonazos desde el cerro Santa Lucía. Según los testigos del evento, nacionales y extranjeros, era el espectáculo más imponente que había presenciado la ciudad de Santiago hasta entonces. De acuerdo a Diego Barros Arana, testigo presencial de estos hechos –contaba con 9 años de edad-, las festividades realizadas

⁴⁸ *Boletín de las leyes i decretos del Gobierno*, Imprenta de la Independencia, Santiago, 1841, Libro VIII, pp. 125-126

⁴⁹ Sobre estos aspectos resulta fundamental el excelente trabajo de Rafael Pedemonte, *Los acordes de la patria. Música y nación en el siglo XIX chileno*, Globo Editores, Santiago, 2008.

⁵⁰ *El Araucano* (Santiago) abril 12 de 1839.

⁵¹ *El Araucano* (Santiago) diciembre 13 de 1839.

con motivo del ingreso de las tropas en Santiago “dejaron un recuerdo que se conservó largos años”⁵². Todo se había preparado, oficial y particularmente, para que así fuera. Se construyeron varios arcos triunfales (uno de ellos realizado por el padre de Diego Barros Arana), adornados con inscripciones poéticas y dibujos alusivos a los hechos relativos a la guerra. Las composiciones poéticas circulaban de mano en mano a través de hojas sueltas. La Alameda y la calle Ahumada, los escenarios principales del triunfal desfile, se llenaron de tablados para la ocasión, prontamente repletos de personas. El Himno de Yungay, cantado por todas las personas con “destemplada vocería”, era acompañado por los “acordes de dudosa precisión” de las siempre presentes bandas militares, según la semblanza literaria de Blest Gana⁵³. Los niños no quedaron ausentes de la manifestación: las niñas de los colegios recitaban versos al general Bulnes. En síntesis, según las palabras de una espectadora norteamericana: “La manifestación fue uniforme y de todas las ventanas se arrojaron flores y otros objetos, que demostraron la universalidad del entusiasmo popular. Las cabezas descubiertas, los pañuelos al aire, las exclamaciones unánimes, la algarabía general, en fin, no dejaron duda de que los triunfos conquistados por el héroe de Yungay, habían impresionado profundamente al país”⁵⁴.

La opinión de Mary Causten no fue aislada. Según sostuvo *El Araucano* tras su extensa y detallada relación de estos sucesos, en la alegría popular había “algo más que aclamaciones efímeras”. En efecto, en todas las festividades nacionales del año 1839, y particularmente en la entrada de las tropas a Santiago, se había evidenciado el fortalecimiento de la conciencia nacional chilena. La univocidad de sentimientos expresados en todas las ciudades daba cuenta certera de este fenómeno. En las aclamaciones festivas se había demostrado “la expresión de millares de voluntades convergente a un solo fin, que dan un testimonio de sí mismas, tan enérgico por su intensidad, como sublime por su armonía. Hay una prenda de unión, fecunda de felices esperanzas para los amantes de la Patria. Hay la aprobación espontánea y universal de un pueblo, que sella los actos de sus mandatarios, y se da el parabién a sí mismo por el acierto de su elección. Hay un sentimiento, poderoso como el amor propio, puro como el patriotismo, que identifica a los heroicos defensores de la Patria y a sus reconocidos hermanos; que enlaza en el nombre de Chile las proezas de los unos con la estimación de los otros, y derrama las glorias adquiridas, como un raudal de luz, sobre la República entera”⁵⁵.

La atmósfera nacionalista producida con la culminación victoriosa de la guerra fue potenciada desde otros espacios, no solamente desde las festividades. Las

⁵² Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago, 1905, t. I, p. 80, n. 19.

⁵³ Alberto Blest Gana, *El loco estero. Recuerdos de la niñez*, Andrés Bello, Santiago, 1979, p. 14.

⁵⁴ “Mary Causten de Carvallo a James Causten y señora, 5 de enero de 1840”, “Santiago hace 100 años”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 34, 1946, p. 48.

⁵⁵ *El Araucano* (Santiago) diciembre 20 de 1839.

ceremonias y discursos religiosos igualmente contribuyeron a diseminar desde otros canales el discurso nacionalista chileno. Rituales como los *Te Deum* fueron espacios propicios por medio de los cuales la guerra fue nacionalizada. Los efusivos sermones y oraciones de los sacerdotes se encargaron de otorgarle un cariz sagrado y por lo mismo trascendente a las gestas bélicas chilenas, ayudando a construir y difundir desde el altar el sentimiento nacionalista chileno de la postguerra. El altar fue un espacio discursivo y simbólico privilegiado —en una nación que se definía oficialmente como católica— que contribuyó difundiendo, complementando, reforzando y exacerbando los discursos y las instancias cívicas de socialización del sentimiento nacional.

Los contenidos de los sermones evidencian diversos tópicos importantes para entender las lógicas del imaginario nacional forjado tras el conflicto. La unión enfatizada desde los sermones iban más allá de la relación entre religión y nación, sino que, de acuerdo a los sacerdotes, esta era más profunda: entre Chile y la Providencia. La opinión era unánime desde el altar: la causa chilena había sido justa desde el inicio, de ahí que Dios haya decretado la victoria final de las tropas chilenas sobre la Confederación. La guerra había comenzado como una defensa justa ante las amenazas de Santa Cruz hacia la soberanía nacional. El “caudillo” boliviano había concebido “el torpe y execrable designio de introducirnos encubiertamente la guerra destructora, para hacer gemir entre cadenas nuestro querido suelo, en imitación de su semejante Manco Cápac”, sostenía Diego A. Elizondo⁵⁶. La causa chilena, desde esta misma perspectiva, era políticamente justa, ya que buscaba restablecer la independencia política y el sistema republicano, que había sido quitado del Perú por Santa Cruz. Por tanto, Dios debía obrar de acuerdo a la justicia, y luchar del lado chileno. Este fue el argumento esgrimido en Valparaíso por el presbítero José Antonio Riobó en su breve pero encendido sermón: Chile había sido utilizado como “instrumento a la venganza del verdadero Dios de la justicia”, de ahí que Bulnes en realidad no haya logrado la victoria solo, sino que Dios “fue quien armó nuestro brazo”⁵⁷.

El Dios de las batallas, Jehová de los Ejércitos, había estado del lado chileno. Santa Cruz había sido derrotado porque su causa era injusta, y porque además, como “caudillo”, había pecado de soberbia, en especial si se le confrontaba con la “moderación” republicana chilena. Y la derrota era, inevitablemente, el fin de todos los soberbios en la historia sagrada, como lo demostraban Faraón y Goliat, según

⁵⁶ Diego Elizondo, *Discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. Obispo electo de Concepción Dr. D. Diego A. Elizondo, en la misa de gracias que celebró él mismo en la Catedral de aquella Diócesis al día siguiente de la noticia del triunfo de Yungai*, Imprenta de Colo Colo, Santiago, 1839, p. 2

⁵⁷ “Discurso pronunciado por el presbítero José Antonio Riobó en el templo de Santo Domingo el 30 de noviembre, en acción de gracias por el triunfo de las armas del Ejército Restaurador y feliz regreso de la segunda división”, *El Mercurio* (Valparaíso) diciembre 3 de 1839.

expuso Juan Francisco Meneses.⁵⁸ Pero la causa de Chile no solo había sido una causa justa, sino que además había sido una causa santa. Esta fue la conclusión que sacó el sacerdote de Rancagua José Ciriaco del Campo al analizar los móviles del “impío” Santa Cruz, de tendencias masónicas y liberales. Desde esta perspectiva, Chile transmutaba temporalmente su naturaleza y se convertía, discursivamente, en un nuevo Israel, una nación escogida por Dios para hacer cumplir los santos designios de la Providencia. Contraponiendo la historia sagrada con la contemporánea resultaron unas analogías delirantes: Santa Cruz era Nabuzardan y Orbegoso era Tabuco. No solo esto, pues la Confederación se transformaba en el pueblo pagano de Moab que debía ser derrotado por Bulnes, convertido alegóricamente en Jefté, mientras que cada uno de los soldados chilenos había sido en el campo de batalla un Josué, un Caleb, un David, en fin, había “sido un Sansón delante de quien ha huido un millar de Filisteos”.⁵⁹ Era una muestra elocuente de lo que Adrian Hastings ha llamado, perspicazmente, la “economía política del Antiguo Testamento” en la formulación del nacionalismo desde la esfera religiosa⁶⁰.

A las festividades cívicas y a los discursos religiosos como espacios de diseminación del discurso nacionalista deben añadirse otros elementos en la construcción del imaginario chileno en torno al conflicto. La conformación de un nuevo panteón heroico específico de esta guerra, por ejemplo, es ilustrativa de este proceso. En efecto, la conflagración contra la Confederación Perú-Boliviana permitió tanto una renovación como una ampliación significativa en el panteón heroico de la joven nación chilena, hasta entonces circunscrito a la gesta independentista. Tres héroes del conflicto de 1836-1839 impactaron particularmente el imaginario nacional, condensando en sus figuras distintos discursos en torno a la idea de nación. El caso del joven soldado mapuche Juan Colipí resulta sintomático de la íntima relación existente en los procesos de heroificación entre las hazañas personales, el potencial evocador de su imagen y el sustrato mitogénico que la sociedad le asigna a tal conducta⁶¹. La procedencia étnica, en este caso, contribuyó a idealizar las acciones bélicas del joven soldado indígena, al filiarlas con las singularidades guerreras asociadas al pueblo mapuche, que, desde la Independencia, fueron extrapoladas a

⁵⁸ Juan Francisco Meneses, *Sermón que en la solemne acción de gracias de Yungai, obtenida en el Perú por el Ejército Restaurador, predicó el día cinco de abril en esta Santa Iglesia Catedral de Santiago, el señor Senador Doctor don Juan Francisco Meneses y Echanes, Canónigo doctoral de la misma Santa Iglesia, provisor y vicario jeneral de este obispado*, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1839, p. 5.

⁵⁹ José Ciriaco Del Campo, *Sermón en acción de gracias al Todopoderoso por la gloriosa victoria de Yungai, predicado el día 22 de abril de 1839 en la iglesia parroquial de la ciudad de Rancagua por el cura vicario Don José Ciriaco del Campo, a presencia del Gobernador Departamental y de la mui ilustre municipalidad; y mandado a dar a la prensa por el mismo Gobernador*, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1839, p. 15.

⁶⁰ Adrian Hastings, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 195.

⁶¹ Utilizo el concepto de “mitogenia” en el sentido expuesto por Peter Burke, quien lo entiende como la percepción de una coincidencia en algunos aspectos entre un individuo y un estereotipo social recurrente dentro del acervo cultural de una comunidad. Peter Burke, *Varieties of Cultural History*, Ithaca, Cornell University Press, 1997, pp. 50-52.

la nación chilena. Durante la guerra misma circularon una serie de discursos que glorificaban el pasado prehispánico, asociándolos con virtudes guerreras que se habrían transmitido a las tropas chilenas. Este proceso puede ejemplificarse con un himno compuesto con ocasión de la victoria del 20 de enero, que le dedicó una estrofa entera a la figura del joven Colipí, considerándolo como la encarnación de las virtudes guerreras vinculadas al mito de Arauco:

Ved en Llaclla a Colipí famoso / Prole ilustre de un digno campeón
Cual Leónidas defendiendo el paso, / Que atacó el enemigo feroz.
De un soldado la herida se advierte / Y con tierno y heroico candor
Cual Eneas a su padre Anquises / A sus hombres ufano llevó⁶².

Candelaria Pérez -una cantinera avecindada en el Callao y nacida en el barrio de la Chimba- por otro lado, fue considerada por muchos como una heroína genuinamente popular. En buena medida, pues como observaron comentaristas de la época, su figura un tanto romántica había conquistado especialmente a los sectores populares gracias a ese “poderoso ascendiente que ejerce sobre la imaginación del pueblo todo cuanto sale de la marcha ordinaria de los sucesos humanos”, como notó Vicente Reyes. Esta situación, ayudaría a explicar su popularidad tras la contienda, sumada a otras características mitogénicas, ya que el mismo autor habló de ella como una suerte de Juana de Arco nacional, o, derechamente, como una “amazona chilena”⁶³. No obstante, y a pesar de su ascenso meteórico al panteón popular del conflicto, la “sargento Candelaria” pronto fue olvidada, muriendo en un relativo olvido en marzo de 1870, recordándose sus acciones, de tiempo en tiempo, por medio de la tradición oral⁶⁴.

Finalmente, Manuel Bulnes representa la imagen del héroe oficial. No solo porque comandó las tropas del Ejército Unido Restaurador del Perú, sino también porque fue el principal capitalizador político de la guerra. En efecto, utilizando el capital simbólico que representó ser el líder militar de un conflicto victorioso, Bulnes pudo ser el continuador del proyecto político conservador por una década más. Este fenómeno, sin embargo, complejizó aún más su posicionamiento como héroe popular, en tanto su carisma pronto se politizó y, por lo mismo, fue erosionándose a medida que transcurrió su mandato, iniciado en una ambiente de distensión para finalizar, en 1851, en medio de una guerra civil. La paradoja en la heroificación de Manuel Bulnes resulta clarificadora. En tanto héroe oficial, y controlador del poder estatal, pudo contar con todo un aparataje autoglorificador,

⁶² *El triunfo de Yungai*, Imprenta de Colo Colo, Santiago, 1839. Hoja suelta disponible en Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, SM. 302. 67.

⁶³ Vicente Reyes, “La Sarjenta Candelaria”, *La Semana* (Santiago) junio 11 de 1859, p. 53.

⁶⁴ Sobre Candelaria Pérez, véase el estudio de Silva, Ignacio, *La Sarjenta Candelaria Pérez. Recuerdos de la campaña de 1838 contra la Confederación Perú-Boliviana*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1904.

que no solo implicó escritos laudatorios,⁶⁵ sino también se plasmó en una dimensión conmemorativa. No resulta extraño, por tanto, que fuese en la década de 1840 cuando la festividad del 20 de enero tuvo su mayor popularidad, incluso opacando a la celebración del 18 de septiembre. No fueron pocos quienes repararon en el uso político de la conmemoración de parte del primer mandatario, ya que permitía legitimar el sustrato simbólico de quien detentaba el poder en el país. Como sostenía *El Progreso* en 1850: “La ley manda que todas las grandes festividades nacionales se concentren y se simbolizen en un solo día: el 18 de septiembre. Por esto es que los aniversarios de Maipú y Chacabuco pasan sin que se queme un solo cohete en su honor. ¿Por qué se hace una excepción a favor del aniversario de Yungay? ¿Será porque el vencedor ocupa la Presidencia de la República? ¿Cuando llegaremos a convencernos de que delante de la ley no hay títulos ni personas que puedan levantar la cabeza más alta que ella!”⁶⁶.

Reflexiones finales

A lo largo de estas páginas he expuesto sucintamente lo que me parece resultan ser los principales tópicos relativos a los imaginarios políticos y culturales forjados en tiempos de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Lo primero que debemos advertir es que el conflicto bélico contra el proyecto confederativo de Andrés de Santa Cruz generó un legado polémico, y un tanto paradójico. Por una parte, porque posibilitó el afianzamiento del orden conservador en el poder, tras una década particularmente tumultuosa, como lo fue la de 1830. El ascenso a la Presidencia de Manuel Bulnes en 1841, si bien en un primer momento fue vista como un síntoma de cambio hacia una mayor distensión en la esfera política, pronto fue objeto de críticas, en la medida que su mandato fue interpretado como la continuación de un modelo de república cuestionado desde sus inicios.

Pero por otra parte, y como toda guerra victoriosa, el conflicto bélico contribuyó decisivamente en el fortalecimiento de la identidad nacional. El triunfo de Yungay posibilitó la emergencia de nuevas “ficciones orientadoras” en el incipiente imaginario chileno. Nicolas Shumway define las “ficciones orientadoras” como creaciones artificiales –tal como en la literatura– pero que resultan fundamentales para brindar a los individuos un relato, generalmente cohesionador, sobre su comunidad nacional.⁶⁷

Dentro de estas “ficciones orientadoras” destacaría dos, mutuamente relacionadas. En primer lugar, se perfila nítidamente un discurso en torno a la superioridad

⁶⁵ Basta pensar, por ejemplo, en el texto de Alberdi, Juan Bautista, *Biografía del general don Manuel Bulnes, Presidente de la República de Chile*, Imprenta Chilena, Santiago, 1846.

⁶⁶ *El Progreso* (Santiago) enero 21 de 1850.

⁶⁷ Nicolas Shumway, *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley, 1993, p. XI.

política chilena en el concierto hispanoamericano. Tras el conflicto se posiciona con fuerza la idea un mesianismo político nacional, cuya misión histórica sería contribuir al mantenimiento del equilibrio continental, el respeto por la soberanía nacional y la defensa de los valores republicanos. Ya en junio de 1839 un periódico serenense había afirmado que las tropas comandadas por Bulnes no solamente habían “sellado la gloria de Chile”, sino que también habían puesto a la nación “a la cabeza de las Repúblicas americanas”⁶⁸. Este tipo de discursos sobre la excepcionalidad chilena no se dio solamente en clave secular, pues como hemos observado en estas páginas, esta postura tuvo su correlato religioso. Desde la perspectiva de la religión oficial del país, la nación contaba con la predilección divina dentro del continente, siendo presentado como un nuevo Israel, un “pueblo escogido” por Dios, fenómeno que explicaría el triunfo chileno en la guerra, ya que la causa nacional defendida por las armas no solo era justa, sino también santa.

En segundo lugar, tras la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana comienza a articularse la imagen de un Chile históricamente guerrero (las alusiones al pasado prehispánico en esta época están cargadas de este sentido), lo que permitía posicionar a la nación en una relación de superioridad militar respecto a sus vecinos del norte. En los campos de Yungay, afirmaba un periódico en 1848, los chilenos habían elevado “el renombre guerrero de nuestra primitiva historia”,⁶⁹ mientras que dos años después, al comentar las pomposas conmemoraciones del 20 de enero, un observador anónimo sostuvo que era en “esos momentos cuando se conoce lo que puede el corazón, cómo domina nuestras facultades la imaginación exaltada, y de qué somos capaces en este instante: ¡un chileno solo contra mil granaderos peruanos todavía es poco!”⁷⁰ En síntesis, estamos en presencia de un nacionalismo de tono marcial, articulado en función del “otro” al cual se combate: en este caso, Perú y Bolivia. Esto permite explicar no solo las imágenes denigrativas forjadas sobre los países vecinos en el siglo XIX, sino también comprender buena parte de la arquitectura del imaginario chileno de esa centuria, creado en base a autorepresentaciones idealizadas y míticas que simplifican, distorsionan y acomodan el devenir histórico en función de uno de los grandes objetivos del período post-independentista: inventar un relato cohesionador que permita hacer del proyecto del Estado-nacional, más que una promesa, una realidad. Y en ese proceso, la guerra, como instancia límite que permite establecer un discurso aglutinador en función del esfuerzo bélico, pero también singularizar a los enemigos de la nación, resultó central.

⁶⁸ “Política y opinión”, *El Minero de Coquimbo*, (La Serena) junio 4 de 1839.

⁶⁹ “Veinte de enero”, *El Progreso*, Santiago, 20 de enero de 1848.

⁷⁰ “Correspondencia. El 20 de enero”, *El Progreso*, Santiago, 23 de enero de 1850.

Fuentes y bibliografía

Archivo Nacional

Fondo Varios, Volumen 420.

Periódicos

Balas a los traidores (Santiago).

Eclipse de Paucarpata (Santiago).

El Araucano (Santiago).

El Mercurio (Valparaíso).

El Minero de Coquimbo (La Serena).

El Progreso (Santiago).

La Semana (Santiago).

Libros y artículos

Alberdi, Juan Bautista, *Biografía del jeneral don Manuel Bulnes, Presidente de la República de Chile*, Imprenta Chilena, Santiago, 1846.

Archivo de don Bernardo O'Higgins, t. XXXIV, Editorial Universitaria, Santiago, 1994.

Arellano, Juan Carlos, "Los republicanos en armas: los proscritos, el gobierno y la opinión pública ante la Confederación Perú-Boliviana", *Universum*, N° 26, Vol. 2, 2011.

Boletín de las leyes i decretos del Gobierno, Libro VIII, Imprenta de la Independencia, Santiago, 1841.

Barros Arana, Diego, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, 2 Tomos, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago, 1905.

Blest Gana, Alberto, *El loco estero. Recuerdos de la niñez*, Santiago, Andrés Bello, 1979, 1ª ed. 1909.

Burke, Peter, *Varieties of Cultural History*, Cornell University Press, Ithaca, 1997.

"Cartas sobre la muerte del Ministro Portales", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 27, 1917.

Cid, Gabriel, *La Guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2011.

Correa Gómez, Antonio, *El último suplicio. Ejecuciones públicas en la formación republicana de Chile, 1810–1843*, Ocho Libros Editores, Santiago, 2007.

Del Campo, José Ciriaco, *Sermón en acción de gracias al Todopoderoso por la gloriosa victoria de Yungai, predicado el día 22 de abril de 1839 en la iglesia parroquial de la ciudad de Rancagua por el cura vicario Don José Ciriaco del Campo, a presencia del Gobernador Departamental y de la mui ilustre municipalidad; y mandado a dar a la prensa por el mismo Gobernador*, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1839.

Elizondo, Diego A., *Discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. Obispo electo de Concepción Dr. D. Diego A. Elizondo, en la misa de gracias que celebró él mismo en la Catedral de aquella Diócesis al día siguiente de la noticia del triunfo de Yungai*, Imprenta de Colo Colo, Santiago, 1839.

El triunfo de Yungai, Imprenta de Colo Colo, Santiago, 1839.

“Epistolario. Cartas de don Antonio José de Irisarri a don Diego Portales”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 71, 1930.

Exposición de los motivos que ha tenido el Presidente de Chile para desaprobare el tratado de paz celebrado en Paucarpata en 17 de noviembre de 1837, y renovar las hostilidades interrumpidas por él, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1838.

Fariña, Carmen, (ed.), *Epistolario Diego Portales*, 2 Tomos, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2007.

Garavaglia, Juan Carlos, “Estado y nación en América Latina durante el siglo XIX”, Almudena Delgado (Coord.), *Les défis de l’Indépendance. La formation de l’État et de la nation en Amérique Latine (1808-1910)*, Éditions du temps, Pornic, 2010.

Guerrero Lira, Cristián y Miño Thomas, Nancy, (Eds.), *Cartas de Bernardo O’Higgins*, 2 Tomos, Historia Chilena, Santiago, 2011.

Hastings, Adrian, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

Ilustración del papel publicado por unos chilenos sobre tratados y guerra con el Perú, Imprenta de la Independencia, Santiago, 1837.

Juicio sobre los tratados y opinión sobre la guerra con el Perú, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1837.

Loveman, Brian, *The Constitution of Tyranny. Regimes of Exception in Spanish America*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, 1993.

Marín, Francisco, *El Eco de la Verdad*, Imprenta de la Independencia, Santiago, 1838.

- Mc Evoy, Carmen, y Rénique, José Luis, (Comp.), *Soldados de la República. Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*, 2 Tomos, Fondo Editorial del Congreso del Perú/ Instituto Riva Agüero, Lima, 2010.
- Meneses, Juan Francisco, *Sermón que en la solemne acción de gracias de Yungai, obtenida en el Perú por el Ejército Restaurador, predicó el día cinco de abril en esta Santa Iglesia Catedral de Santiago, el señor Senador Doctor don Juan Francisco Meneses y Echanes, Canónigo doctoral de la misma Santa Iglesia, provisor y vicario jeneral de este obispado*, Imprenta de la Opinión, Santiago, 1839.
- Méndez, Cecilia, *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*, Duke University Press, Durham, 2005.
- Modell, John y Haggerty, Timothy, "The Social Impact of War", *Annual Review of Sociology*, Vol. 17, 1991.
- Muñoz, Ernesto, *La guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1983.
- Núñez Rius, Jorge, "Estado, crisis de hegemonía y guerra en Chile (1830-1841)", *Andes*, N° 6, 1987.
- Otaiza, Graciela, "Don Antonio José de Irisarri y la revolución de Colchagua", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 6, 1935.
- Pedemonte, Rafael, *Los acordes de la patria. Música y nación en el siglo XIX chileno*, Globo Editores, Santiago, 2008.
- Pérez Vejo, Tomás, "El problema de la nación en las independencias americanas: una propuesta teórica", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 24, N° 2, 2008.
- Pinto, Julio y Valdivia, Verónica, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*, Lom, Santiago, 2009.
- Porter, Bruce D., *War and the Rise of the State. The Military Foundations of Modern Politics*, The Free Press, New York, 1994.
- Rubio, Mariel, "Por la razón o la fuerza: reclutamiento militar durante la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, 1836-1839". Donoso, Carlos y Rosenblitt, Jaime (eds.), *Guerra, región y nación. La Confederación Perú-Boliviana, 1836-1839*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Universidad Andrés Bello, Santiago, 2009.
- Sábato, Hilda, "La reacción de América: la construcción de las repúblicas en el siglo XIX", Chartier, Roger y Feros, Antonio (Comp.), *Europa, América y el mundo: tiempos históricos*, Marcial Pons, Madrid, 2006.
- "Santiago hace 100 años", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 34, 1946.

- Shumway, Nicolas, *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley, 1993.
- Silva, Ignacio, *La Sarjento Candelaria Pérez. Recuerdos de la campaña de 1838 contra la Confederación Perú-Boliviana*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1904.
- Sotomayor Valdés, Ramón, *Historia de Chile bajo el gobierno del General don Joaquín Prieto*, 4 Tomos, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1962-1980.
- Stuven, Ana María, “La palabra en armas: patria y nación en la prensa de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana, 1835–1839”, Mc Evoy, Carmen y Stuven, Ana María, (eds.), *La República peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800–1884*, IFEA/Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2007.
- Tilly, Charles, et. al., *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1975.
- Valdés, María Magdalena, *Reclutamiento, orden y corrección social. Colchagua ante la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana. 1837–1838*, Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2002.
- Valencia Avaria, Luis, *El pensamiento de O’Higgins*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Introducción a la historia de los diez años de la administración Montt. Don Diego Portales*, 2 Tomos, Imprenta y Librería del Mercurio, Valparaíso, 1863.
- Wood, James A., *The Society of Equality. Popular Republicanism and Democracy in Santiago de Chile, 1818-1851*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2011.